

PERIODICO POLITICO FUNDADO POR D. GONZALO CASTAÑON

Demingo 7 de Noviembre de 1875 - Stos. Herenlan y Rafo

Donde queda nombrado agente de LA VOZ DE CUBA...

PRENSA ASOCIADA DE LA HABANA...

Regimiento Artilleria de Montaña...

TRIBUNALES...

PUERTO DE LA HABANA...

ENTRADAS Y TRAVESIA...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

ENTRADAS DE CABOTAJE...

CUENTA DEL COLEGIO EN CARIDAD DEL CORAZON DE MARI...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

ENCUENTRO...

HABANA 6 DE NOVIEMBRE DE 1875.

SIN UNION NO HAY FUERZA.

Cuenta la historia que cuando el gran Sertorio combatía en España la supremacía de Roma, deseando extirpar de entre sus guerreros españoles el espíritu de división que entre ellos notaba, para darles un ejemplo práctico de cuán funesto era aquel espíritu y de cuanto importante que estuviesen estrechamente unidos para que fueran fuertes, hizo traer un caballo, y mandó al hombre más robusto de su ejército que asiendo con ambas manos la pabada cola del burro, procurase arrancarla. Varios fueron los esfuerzos del atleta: la cola del caballo permaneció intacta. Entonces Sertorio llamó a un niño de corta edad, y le mandó que una por una fuese arrancando las cerdas, y que cuando hubiese resistido invenciblemente las fuerzas de un coloso, pero que cuando cesara con facilidad al ligero esfuerzo de un débil niño.

Sin duda que en tiempo de Sertorio los españoles se hallaban dominados ya por ese flemoso espíritu de discordia que ha sido siempre el mayor quizá de los males de nuestra patria. Si hoy viviera aquel gran general, vería cuán poco ha variado en el particular nuestro carácter, y podría con razón darnos los mismos consejos y decretos el mismo ejemplo que a nuestros antepasados.

Sin entrar en la consideración de si algo muy semejante sucede en otras razas y en otros pueblos, lo cierto es que, por lo que a nosotros hace, es lamentable la suma de la falta de unión que echamos en olvido los más vitales y elevados intereses que exigen nuestra estrecha unión, para ocuparnos apasionadamente de mesquinas cuestiones que en el fondo ninguna importancia tienen, y que pronto se convierten en enconadas rencillas que absorben a la vez toda nuestra acción y actividad, y que no solo anulan toda nuestra fuerza dividida en pequeñas fracciones aisladas, sino que la consumen inútilmente, poniendo a estas fracciones en pugna unas con otras.

Si posible fuera suprimir de la historia de España las tristes luchas intestinas que llevan un número tan grande de sus páginas, y al mismo tiempo unir para un objeto patriótico a las fuerzas todas que con incomparable energía han hecho las distintas parcialidades en que los españoles se han dividido para combatir sus libertades, ¿cabe en ninguna imaginación concebir el grado de gloria, poder y riqueza a que se hubiera elevado España?

Si los prodigiosos esfuerzos que a la patria hicieron para destruirnos no afortunados partidos constitucionales y realistas, de 1820 a 1833, se hubieran unido y hubiesen, aun, dirigidos a la consecución de un único y verdadero fin nacional, y en estas maravillas no hubieran realizado?

Si la eterna resolución, la inquebrantable firmeza, la constancia admirable, e incomparable valor que desplegaron por el espacio de siete años en las provincias del Norte, de Cataluña, Aragón y Valencia los partidos liberal y carlista durante la infancia de Isabel II, si hubiesen empleado unidos en una empresa verdaderamente patriótica, ¿quién se atrevería a decir hasta dónde hubieran alcanzado sus gloriosos resultados?

Y si toda la sangre que se ha derramado, y los tesoros que se han invertido, y el valor, y la energía, y la tenacidad que se ha desplegado en la Península y en esta isla desde que en 1808 se abrió el teatro del negro punto de la revolución cantonal, y en la Ysla de la ignominiosa traición separatista, se hubiesen invertido, por ejemplo, en seguir los consejos testamentarios de la gran Isabel la Católica, continuando en África la obra del invicto O'Donnell, ¿cuál no sería hoy la gloria y el poder de España, y su posición entre las naciones de la tierra?

Pero en vez de invertir para el bien de España las grandes cualidades y los abundantes recursos que la Providencia nos ha prodigado, los hemos invertido en su mal. En vez de emplear los grandes medios que nos contaron para aumentar la gloria y el poder de la Patria, los hemos empleado en desgastar sus entrañas, en empobrecerla y debilitarla. La historia de la humanidad no presenta un caso igual de debilidad tan fatal.

Y lo peor es que no se remedian las terribles lecciones de la experiencia. Lo peor es que aun cuando todos vemos el mal, y comprendemos su magnitud, y lo deploremos con sentimiento sincero, nada hacemos para remediarlo, y al contrario, parece que estamos empeñados en aumentar su horrible intensidad y sus pavorosas proporciones.

¿Qué otra cosa significan, si no, esas luchas deplotables que estamos presenciando en la Península, y no ya en los campos donde ardía todavía el incendio de la guerra civil, sino en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo que aceptar a la ambición, única que se presentó a ocupar el lugar de donde se había retirado el antiguo espíritu de lealtad y patriotismo. Y entonces empezó para España una época trágica, en la cual lo mezquino y vulgar vino a sustituir a lo noble y elevado en todas las esferas; época necesariamente pasajera, que empujada por la lógica inflexible, y siguiendo el impulso revolucionario, se iba a terminar en la profunda calma del cantonalismo.

Los hombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Suñer, y Stüfer y Capdevila, Estévez, Mercader, Contreras, Roque Barcia, Toñete Galvez, Salvachén y otros mil, indican que la clase de pasiones vinieron a ocupar el lugar reservado a la lealtad, al verdadero patriotismo, a la nobleza de sentimientos, a la elevación de ideas. Basta decir que estos hombres disponían de la suerte de la nación, para comprender el profundo trastorno, la variación completa que en todo debía experimentar.

Al entronizarse el cantonalismo, el desorden llegó a su colmo, invadiendo todo y rompiendo todas las barreras. Aquello fue una verdadera irrupción de la cual nada pudo salvar. A nosotros aquí, por circunstancias especiales, nos alcanzó con más fuerza que a las provincias peninsulares y a Puerto-Rico, pero nos alcanzó también. ¿Quién no recuerda el empeño y la alta proyección con que se hacía entonces aquí la propaganda cantonal, y por medio de la prensa periódica, ya con la organización de clubs, ya de otras mil maneras? Y ¿quién no recuerda cuántos eran los principales impulsores y propagadores de esa propaganda?

Cierto que la mala semilla no prendió aquí como en muchos puntos de la Península y en Puerto-Rico; pero hubiera sido absurdo pretender que no hubiésemos sentido más o menos los efectos de aquella propaganda. Los sentimientos entonces, y hoy, por desgracia, los estamos sintiendo todavía.

Nadie puede haber olvidado el diablillo teón con que se procuró dividir aquí la agrupación de los leales, introduciendo en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo que aceptar a la ambición, única que se presentó a ocupar el lugar de donde se había retirado el antiguo espíritu de lealtad y patriotismo. Y entonces empezó para España una época trágica, en la cual lo mezquino y vulgar vino a sustituir a lo noble y elevado en todas las esferas; época necesariamente pasajera, que empujada por la lógica inflexible, y siguiendo el impulso revolucionario, se iba a terminar en la profunda calma del cantonalismo.

Los hombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Suñer, y Stüfer y Capdevila, Estévez, Mercader, Contreras, Roque Barcia, Toñete Galvez, Salvachén y otros mil, indican que la clase de pasiones vinieron a ocupar el lugar reservado a la lealtad, al verdadero patriotismo, a la nobleza de sentimientos, a la elevación de ideas. Basta decir que estos hombres disponían de la suerte de la nación, para comprender el profundo trastorno, la variación completa que en todo debía experimentar.

Al entronizarse el cantonalismo, el desorden llegó a su colmo, invadiendo todo y rompiendo todas las barreras. Aquello fue una verdadera irrupción de la cual nada pudo salvar. A nosotros aquí, por circunstancias especiales, nos alcanzó con más fuerza que a las provincias peninsulares y a Puerto-Rico, pero nos alcanzó también. ¿Quién no recuerda el empeño y la alta proyección con que se hacía entonces aquí la propaganda cantonal, y por medio de la prensa periódica, ya con la organización de clubs, ya de otras mil maneras? Y ¿quién no recuerda cuántos eran los principales impulsores y propagadores de esa propaganda?

Cierto que la mala semilla no prendió aquí como en muchos puntos de la Península y en Puerto-Rico; pero hubiera sido absurdo pretender que no hubiésemos sentido más o menos los efectos de aquella propaganda. Los sentimientos entonces, y hoy, por desgracia, los estamos sintiendo todavía.

Nadie puede haber olvidado el diablillo teón con que se procuró dividir aquí la agrupación de los leales, introduciendo en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo que aceptar a la ambición, única que se presentó a ocupar el lugar de donde se había retirado el antiguo espíritu de lealtad y patriotismo. Y entonces empezó para España una época trágica, en la cual lo mezquino y vulgar vino a sustituir a lo noble y elevado en todas las esferas; época necesariamente pasajera, que empujada por la lógica inflexible, y siguiendo el impulso revolucionario, se iba a terminar en la profunda calma del cantonalismo.

Los hombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Suñer, y Stüfer y Capdevila, Estévez, Mercader, Contreras, Roque Barcia, Toñete Galvez, Salvachén y otros mil, indican que la clase de pasiones vinieron a ocupar el lugar reservado a la lealtad, al verdadero patriotismo, a la nobleza de sentimientos, a la elevación de ideas. Basta decir que estos hombres disponían de la suerte de la nación, para comprender el profundo trastorno, la variación completa que en todo debía experimentar.

Al entronizarse el cantonalismo, el desorden llegó a su colmo, invadiendo todo y rompiendo todas las barreras. Aquello fue una verdadera irrupción de la cual nada pudo salvar. A nosotros aquí, por circunstancias especiales, nos alcanzó con más fuerza que a las provincias peninsulares y a Puerto-Rico, pero nos alcanzó también. ¿Quién no recuerda el empeño y la alta proyección con que se hacía entonces aquí la propaganda cantonal, y por medio de la prensa periódica, ya con la organización de clubs, ya de otras mil maneras? Y ¿quién no recuerda cuántos eran los principales impulsores y propagadores de esa propaganda?

Cierto que la mala semilla no prendió aquí como en muchos puntos de la Península y en Puerto-Rico; pero hubiera sido absurdo pretender que no hubiésemos sentido más o menos los efectos de aquella propaganda. Los sentimientos entonces, y hoy, por desgracia, los estamos sintiendo todavía.

Nadie puede haber olvidado el diablillo teón con que se procuró dividir aquí la agrupación de los leales, introduciendo en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo que aceptar a la ambición, única que se presentó a ocupar el lugar de donde se había retirado el antiguo espíritu de lealtad y patriotismo. Y entonces empezó para España una época trágica, en la cual lo mezquino y vulgar vino a sustituir a lo noble y elevado en todas las esferas; época necesariamente pasajera, que empujada por la lógica inflexible, y siguiendo el impulso revolucionario, se iba a terminar en la profunda calma del cantonalismo.

Los hombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Suñer, y Stüfer y Capdevila, Estévez, Mercader, Contreras, Roque Barcia, Toñete Galvez, Salvachén y otros mil, indican que la clase de pasiones vinieron a ocupar el lugar reservado a la lealtad, al verdadero patriotismo, a la nobleza de sentimientos, a la elevación de ideas. Basta decir que estos hombres disponían de la suerte de la nación, para comprender el profundo trastorno, la variación completa que en todo debía experimentar.

Al entronizarse el cantonalismo, el desorden llegó a su colmo, invadiendo todo y rompiendo todas las barreras. Aquello fue una verdadera irrupción de la cual nada pudo salvar. A nosotros aquí, por circunstancias especiales, nos alcanzó con más fuerza que a las provincias peninsulares y a Puerto-Rico, pero nos alcanzó también. ¿Quién no recuerda el empeño y la alta proyección con que se hacía entonces aquí la propaganda cantonal, y por medio de la prensa periódica, ya con la organización de clubs, ya de otras mil maneras? Y ¿quién no recuerda cuántos eran los principales impulsores y propagadores de esa propaganda?

Cierto que la mala semilla no prendió aquí como en muchos puntos de la Península y en Puerto-Rico; pero hubiera sido absurdo pretender que no hubiésemos sentido más o menos los efectos de aquella propaganda. Los sentimientos entonces, y hoy, por desgracia, los estamos sintiendo todavía.

Nadie puede haber olvidado el diablillo teón con que se procuró dividir aquí la agrupación de los leales, introduciendo en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo que aceptar a la ambición, única que se presentó a ocupar el lugar de donde se había retirado el antiguo espíritu de lealtad y patriotismo. Y entonces empezó para España una época trágica, en la cual lo mezquino y vulgar vino a sustituir a lo noble y elevado en todas las esferas; época necesariamente pasajera, que empujada por la lógica inflexible, y siguiendo el impulso revolucionario, se iba a terminar en la profunda calma del cantonalismo.

Los hombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Suñer, y Stüfer y Capdevila, Estévez, Mercader, Contreras, Roque Barcia, Toñete Galvez, Salvachén y otros mil, indican que la clase de pasiones vinieron a ocupar el lugar reservado a la lealtad, al verdadero patriotismo, a la nobleza de sentimientos, a la elevación de ideas. Basta decir que estos hombres disponían de la suerte de la nación, para comprender el profundo trastorno, la variación completa que en todo debía experimentar.

Al entronizarse el cantonalismo, el desorden llegó a su colmo, invadiendo todo y rompiendo todas las barreras. Aquello fue una verdadera irrupción de la cual nada pudo salvar. A nosotros aquí, por circunstancias especiales, nos alcanzó con más fuerza que a las provincias peninsulares y a Puerto-Rico, pero nos alcanzó también. ¿Quién no recuerda el empeño y la alta proyección con que se hacía entonces aquí la propaganda cantonal, y por medio de la prensa periódica, ya con la organización de clubs, ya de otras mil maneras? Y ¿quién no recuerda cuántos eran los principales impulsores y propagadores de esa propaganda?

Cierto que la mala semilla no prendió aquí como en muchos puntos de la Península y en Puerto-Rico; pero hubiera sido absurdo pretender que no hubiésemos sentido más o menos los efectos de aquella propaganda. Los sentimientos entonces, y hoy, por desgracia, los estamos sintiendo todavía.

Nadie puede haber olvidado el diablillo teón con que se procuró dividir aquí la agrupación de los leales, introduciendo en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo que aceptar a la ambición, única que se presentó a ocupar el lugar de donde se había retirado el antiguo espíritu de lealtad y patriotismo. Y entonces empezó para España una época trágica, en la cual lo mezquino y vulgar vino a sustituir a lo noble y elevado en todas las esferas; época necesariamente pasajera, que empujada por la lógica inflexible, y siguiendo el impulso revolucionario, se iba a terminar en la profunda calma del cantonalismo.

Los hombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Suñer, y Stüfer y Capdevila, Estévez, Mercader, Contreras, Roque Barcia, Toñete Galvez, Salvachén y otros mil, indican que la clase de pasiones vinieron a ocupar el lugar reservado a la lealtad, al verdadero patriotismo, a la nobleza de sentimientos, a la elevación de ideas. Basta decir que estos hombres disponían de la suerte de la nación, para comprender el profundo trastorno, la variación completa que en todo debía experimentar.

Al entronizarse el cantonalismo, el desorden llegó a su colmo, invadiendo todo y rompiendo todas las barreras. Aquello fue una verdadera irrupción de la cual nada pudo salvar. A nosotros aquí, por circunstancias especiales, nos alcanzó con más fuerza que a las provincias peninsulares y a Puerto-Rico, pero nos alcanzó también. ¿Quién no recuerda el empeño y la alta proyección con que se hacía entonces aquí la propaganda cantonal, y por medio de la prensa periódica, ya con la organización de clubs, ya de otras mil maneras? Y ¿quién no recuerda cuántos eran los principales impulsores y propagadores de esa propaganda?

Cierto que la mala semilla no prendió aquí como en muchos puntos de la Península y en Puerto-Rico; pero hubiera sido absurdo pretender que no hubiésemos sentido más o menos los efectos de aquella propaganda. Los sentimientos entonces, y hoy, por desgracia, los estamos sintiendo todavía.

Nadie puede haber olvidado el diablillo teón con que se procuró dividir aquí la agrupación de los leales, introduciendo en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo que aceptar a la ambición, única que se presentó a ocupar el lugar de donde se había retirado el antiguo espíritu de lealtad y patriotismo. Y entonces empezó para España una época trágica, en la cual lo mezquino y vulgar vino a sustituir a lo noble y elevado en todas las esferas; época necesariamente pasajera, que empujada por la lógica inflexible, y siguiendo el impulso revolucionario, se iba a terminar en la profunda calma del cantonalismo.

Los hombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Suñer, y Stüfer y Capdevila, Estévez, Mercader, Contreras, Roque Barcia, Toñete Galvez, Salvachén y otros mil, indican que la clase de pasiones vinieron a ocupar el lugar reservado a la lealtad, al verdadero patriotismo, a la nobleza de sentimientos, a la elevación de ideas. Basta decir que estos hombres disponían de la suerte de la nación, para comprender el profundo trastorno, la variación completa que en todo debía experimentar.

Al entronizarse el cantonalismo, el desorden llegó a su colmo, invadiendo todo y rompiendo todas las barreras. Aquello fue una verdadera irrupción de la cual nada pudo salvar. A nosotros aquí, por circunstancias especiales, nos alcanzó con más fuerza que a las provincias peninsulares y a Puerto-Rico, pero nos alcanzó también. ¿Quién no recuerda el empeño y la alta proyección con que se hacía entonces aquí la propaganda cantonal, y por medio de la prensa periódica, ya con la organización de clubs, ya de otras mil maneras? Y ¿quién no recuerda cuántos eran los principales impulsores y propagadores de esa propaganda?

Cierto que la mala semilla no prendió aquí como en muchos puntos de la Península y en Puerto-Rico; pero hubiera sido absurdo pretender que no hubiésemos sentido más o menos los efectos de aquella propaganda. Los sentimientos entonces, y hoy, por desgracia, los estamos sintiendo todavía.

Nadie puede haber olvidado el diablillo teón con que se procuró dividir aquí la agrupación de los leales, introduciendo en el seno mismo de la Corte y en las provincias y ciudades que han podido mantenerse libres de aquel incendio? ¿Qué otra cosa significa la encarnizada animosidad que se combaten sin cesar los numerosos partidos que en España se llaman liberales, y aún las profundas divisiones que han estallado entre los que sostienen la causa de D. Carlos?

Y en esta misma isla — para venir a lo que más de cerca nos toca — ¿qué significan esas animosidades que algunos se complacen en encender, y la división que se empeñan en introducir, y la lucha que proyectan entre los elementos leales que por tanto tiempo han formado una agrupación compacta?

Hubo un día en que, después de muchos años de preparación, la traición osó tomar su horrible faz en esta capital, contando, por medio de la sorpresa, con un triunfo rápido y seguro. La inmensidad y gravedad del peligro despertó al patriotismo del letargo en que yacía, y bastó con el espectáculo de la unión de los buenos, para que la traición fuera desvanecida a esconderse en las selvas y malezas del Departamento Oriental. A esto se siguió la organización de los leales; organización que se realizó con más rapidez, asustando tal entusiasmo y unión, que heló de espanto a los traidores. Los Osesinos que, como una rejatación expontánea y maravillosa, brotaron en todos los Centros importantes de la isla, fueron el producto, y, digámoslo así, la personificación de ese entusiasmo viril, y de esa admirable unión de sentimientos que fueron el asombro de cuantos los presenciaron.

¿Quién no recuerda aquellos días de verdadero orgullo para la patria y para todos los buenos hijos de ella, que no recorda: aquella asombrosa uniformidad con que latían todos los corazones, cual si fueran un solo corazón; ¿quién no conserva fresca la memoria de aquella admirable identidad de sentimientos que brotaban desde quera al más lejano rincón de esta España, nunca turbados por ninguna oposición o divergencia? Aquellos fueron los días de oro del patriotismo español en Cuba; días en que hasta los elementos de la naturaleza parecían confundirse en el armonioso concierto del sentimiento universal, y en los que ni una nube siquiera venía a empañar la luz de aquel cielo patriótico, en el cual el sol de España brillaba con todo su esplendor, vivificando todo con sus benéficos rayos. ¿Quién no recorda aquella época por siempre memorable?

Y hoy ¿dónde estamos?

Al impulso del huracán revolucionario, desahogado por la pasión política estimulada por la deslealtad, cayó hecho pedruzco el tronco tradicional de España. Pasa como los hijos del polo, aislada como el aguijón en el espacio, y a ocupar su lugar una monarquía extranjera, que desprecia de todo lo nacional que por instinto natural la repelia, y necesitada de relación con algo, tuvo

